



EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 24 de Diciembre de 1881.

LA PASCUA Y LOS PASCUALES.

Apuesto, querido lector, á que en este día no esperabas de mí un artículo de esta calaña, acostumbrado como te tengo á los insulsos platos de decadencias que te vengo ofreciendo todos los sábados. Que quieres, estamos de pascua, y fuera un contra-sentido, al par que un anacronismo horrible, hablarte de decadencias en estos días, cuando todo en nuestro rededor, rebosando está abundancia y prosperidad.

Por cualquiera parte que vayas: tires por donde quieras; lo mismo entres por las puertas de Madrid que por las de San José, has de ver, por uno y otro lado en correcta formación otras tantas yallas ó barricadas de cuanto Dios ha criado de bueno en artículos de comer, beber y rascar, de donde salen cien y cien voces pidiéndote el «quien vive» que como agudos dardos vendrán á dar de lleno en tu bolsillo. ¡Ay lector! para estos hallastros es la Pascua.

Sin embargo; si nos matitamos un poco en la vida, habíamos de encontrar un sí es no es de semejanza en su esencialidad, entre la muestra y aquella otra época de decadencia.

Yo no sabré decir que clase de atractivos distinguirían las pascuas de aquellos tiempos, pero por lo que toca á la bucólica, si hemos de creer á Quevedo, y esto es tratándose de la parte más selecta de la sociedad, ó como si dijéramos, de su estado mayor, no debía ir muy bien la cosa que digamos. Yo me las represento bajo un aspecto, mitad espiritual, mitad platónico, un todo puramente contemplativo, que lo mismo podría producir un santo, que un demonio de desesperación; porque como sin dinero no se compra, ni sin crédito nadie fia, y entonces este andaba por los suelos y aquel otro por los cielos, hay que suponer, piadosamente pensando, cuan grandes serían los sacrificios en la fiel observancia de las vigilia de la víspera, y cuan grandes también las abstinencias en los días de fiesta.

Hoy ya es otra cosa: aquellos tiempos pasaron, y todo ha cambiado por completo; puede decirse que la fortuna ha abierto su bolsa para que todo quisquemeta en ella la mano, solo que, como somos tantos, sucede que unas se quedan á la boca, mientras que otras se cuelan hasta el codo; hasta para ser rico se necesita maña: *arti vivendi*; pero que quieras que no, la verdad es que *talis cualis*, todos pasamos y vamos audiendo. De hecho, que en estos días no hay bicho viviente que se quede

á palo seco; que no zambulla en la puchera, siquiera sea el menudo de un polluelo; que no se empine el codo, por extraordinario, y no tenga por postres su cachito de turrón con su correspondiente cascajo. No hay remedio: estamos en la más popular de las pascuas, en la gran pascua, la pascua por excelencia, en que cada cual procura hacerlas (la costumbre así lo trae) de todo aquello que nuestra madre naturaleza, y su compadre el ingenio en confabulación ruinosa nos ofrecen para hacer sus días más deleitables.

Pero vamos á cuentas: dice el adagio que de donde se saca y no se mete el fin se le vé, verdad axiomática que entra como uno de los principios en la ciencia económica; á esto pudiera añadirse esta otra de Perogrullo: que en donde se mete y se saca más, hágame V. el favor. A esto me dirás que como sacar donde no queda, pues ahí está el *busilis*; toda caja, grande ó chica, como las gabatas, como todo bolsillo de chaleco son susceptibles de un doble fondo; en el primero está el metálico, como el segundo; en el segundo el metálico, como el primero; cuando aquel falta, se echa mano de éste: he dicho mal; el crédito es como el vapor, semejante al humo de una chimenea, y ¡quién podrá coger un puñado de humo!

Ahora bien: gracias á la bondad del crédito, supongamos que teniendo diez, te gastas veinte, ó treinta, y *aindamais*; ya tienes un déficit, que podrás cubrir, tal vez, con la paga del mes que viene, con el negocio que esperas, con la renta del inquilino; pero si la paga se atrasa, si el negocio te dá mico, y el inquilino se larga sin pagar, cotarro trastornado; porque como habas contadas, en faltando algunas, siempre llevarás las habas á la cola. Por eso se ven tantas, que ni la de un cometa.

Esto te probará, que en medio de la prosperidad, puede haber también sus decadencias. Y ello es preciso; así te parezcas al mismísimo tacaño, en la pascua de Navidad no hay más remedio que echarse al redondeo; en ninguna otra fiesta popular se aflajan tantos los tornillos del sistema económico, ni se engulle más ni mejor. Empieza por el gijonero, espáve de paso, de las de blanca media y lengua capa, que te conocen sin haberle visto nunca, que te rinde mil cumplimientos mientras que te hace gustar, que quieras que no, un bocadito de riquísimo género de su tierra, y te pone en la cruz verde con las cuentas edificantes de lo que le ha tomado aquel conocido tuyo, ó el vecino de enfrente, ó el de más allá; entra después con el pavo ¡pobre bobalicon, digno por su bondad de mejor suerte! Yo no sé quien ha dicho que el pavo es la llave de la pascua;

mejor dijera su *coquito*, por que ¿en que mesa no preside en estos días el rey de los tontos? Tras el pavo viene el cascajo y las frutas de extraño tiempo, y tras tales menudencias, esa infinidad de golosinas, y tantas y tantas cosas como han inventado el gusto, el regalo y la vanidad; trinidad ante la cual todos raudamos nuestros amores. ¡Hasta la vanidad!

Yo me acuerdo, y esto no es decir que sea viejo, cuando nos contentábamos con el alajú de Lorca, por lo que toca á la parte de afuera, la pajarita de mazapán ó la figura de azúcar; me acuerdo que una bandeja con cuatro ó seis libras de dulces, sin otro adorno que unos ramitos de hoja de oropel y violeta clavados en ellos mismos, dejaba muy cumplida á la atención; un pavo, cuando no pava, que era lo más común, era el regalo ordinario á los maestros y maestras, médicos y demás tropa; la novia se daba por muy satisfecha con el corazon de mazapán, con una figurita, ó algunas libras de dulces envueltos en rico pañuelo de pita; los chicuelos estábamos pagados, con medio duro, á todo tirar, alguna golosina por extraordinario, la zambomba y la pandera, y llevarnos al beleu.

¿Verdad que las pascuas de estos tiempos, no se parecen, ni por asomo, á las de aquellos? Yo no te sabré decir cuales fueran las mejores; solo sí, que si entonces se gozaba poco, en cambio se gastaba menos; hoy gozando más, gastamos en vanidades, acaso lo que no tenemos. A las sencillas bandejas, han sustituido otras inmensamente más ricas, más esquisitas y más suntuosas; el pavo de regalo ya no vá solo, esto ya es muy cursi; es preciso le acompañe, una bandeja, ó un cajón de riquísimos habanos, ó otro de pasas, de las de oje, de los más elegantes, y así por el estilo; el amor se ha hecho todavía más exigente ¡pobres novios! mal cariz corre para sus bolsillos; desde que la industria parisien hizo de buen tono sus cajitas, comenzaron para ellos las madres mías ¡frígoral eso de dar por una seis ó ocho duros, cuando ménos; y ¿para qué? para que después de sacarte el aire te la lleven de perdigones. En esta parte estoy por el sistema antiguo: entonces el gusto tendía á satisfacer el paladar, hoy tiene más de deslumbrador que de positivo: tal es nuestra época.

Tomemos, pues, los tiempos como vienen. Lector amigo, estamos en noche buena, y el ruido y la zambra que suena en torno nuestro, no deja lugar para discurrir, y hacer un artículo bueno, si capaz fuera de ello mi insulso caletre: toma este como de bollo de alfajor, que es lo único que puedo ofrecerte con la mía, en el múltiplo cambio de felicitaciones de estos días, que lo mismo yo que me llamo Manuel, como tú, te llares Antonio

Sisebuto ó Caralampio, todos somos Pascuales.

Con qué tocayo: que las tengas muy felices.

MANUEL GONZALEZ.

SOBRE LA SEGURIDAD DE TEATROS.

En todas partes se toman actualmente precauciones para evitar los incendios que puedan ocurrir en los teatros.

De entre los diferentes proyectos que se proponen, nos parece muy notable y digno de fijar la atención de las autoridades y de las empresas el que M. Maxim, inventor de la famosa lámpara eléctrica, expone en las siguientes líneas que dirige á «El Figaro» de Paris:

«Nada, dice, es hoy imposible para la ciencia mecánica. En nuestros grandes telares donde funcionan máquinas enormes, es tal la perfección del mecanismo, que la ruptura de un solo hilo basta para detener instantáneamente una fuerza de 300 caballos.

En las fábricas de cápsulas de América, donde se ven máquinas que toman la plancha metálica, labran la funda, introducen en éste la pólvora, ponen el dizco, colocan la bala, y cierran el cartucho, todo esto, bajo la sola inspección de un niño, basta que una parte cualquiera del trabajo deje de verificarse, para que al punto se detenga todo el movimiento, anunciando un timbre que la máquina ha sido automáticamente interrumpida.

Y cuando se pueden obtener por medio de la mecánica semejantes resultados, ¿cómo no se ha pensado en vigilar automáticamente por la seguridad de los teatros?

Yo afirmo que un «extintor automático» y como tal, absolutamente ageno á todo humano concurso, hará imposibles esas catástrofes en que suelen perecer tantos espectadores.

Daré algunos detalles.

Se trata de un aparato que estará en comunicación con una cañería ó depósito de agua, con una bomba de vapor ó con un generador especial de ácido carbónico.

Desde el momento en que un incendio se produce, el calor pone en movimiento el aparato y se abre un tubo que arroja una gruesa columna de agua mezclada con ácido carbónico sobre el punto exacto en que el fuego acaba de declararse.

Si el incendio está reducido únicamente á una pequeña parte del teatro, la descarga del agua se verifica solo sobre ella. Si aquel se generaliza, el calor, más intenso, abrirá mayor número de tubos y la descarga aumentará en la proporción necesaria.

El aparato funciona inmediatamente sin que haya nada que pueda